

Este no se anduvo por las ramas. Con la misma rapidez con que arregló el traspaso de su tienda, dió cima también al negocio de su casamiento y unas semanas más tarde del día en que Mateo se decidió á «tomar estado», la tienda del pueblecillo contaba con dos propietarios: don Mateo, el alegre y bonachón andaluz, y Lupe, la fresca, graciosa y morena surianita.

Desde entonces cambió por completo la vida del expatriado por su voluntad. El, que no conocía más palabras de cariño que los gruñidos de sus patrones; él, que nunca había conocido más hogar que la trastienda, tuvo una casa arreglada y tuvo una mujercita que, con el amor con que sólo saben hacerlo las mexicanas, le llamó «mi vida» y «mi corazoncito», y Mateo llegó á la cima de la felicidad; felicidad acrecentada hasta lo infinito, cuando, un año después, Lupita daba á luz una rapaza, morena como su madre y cuyos ojos hubieran envidiado todas las hermosas hijas de Andalucía.

Con este último acontecimiento, Mateo ya no tuvo qué desear; amado de su compañera y con una hijita tan bella como cariñosa, el andaluz se sintió arrobado de bienestar y llegó hasta olvidarse de la tierra en que viera la primera luz y amar este suelo azteca como si fuera el suyo propio. . . .

¿No habían nacido en él los dos seres á quienes tanto idolatraba? . . .

IV

Pero la vida es la vida. Si los años buenos discurrían dulcemente amontonando dinero en la caja fuerte de Mateo, uno llegó, malo como una maldición, que trajo una horrible desgracia al hogar del hasta entonces feliz andaluz. La muerte se cernió fatídica sobre aquellos tres seres tan dichosos y marcó con su helada mano una víctima: ésta fué Lupita, la linda esposa de Mateo.

El rico comerciante lloró mucho la muerte de su joven compañera, y, como última oblación á la que había sido para él un verdadero ángel, hízole un entierro suntuosísimo, y el mausoleo que levantó á la memoria de Lupita, en el cementerio de la población, se enseña todavía como uno de los

grandes monumentos del lugar. ¡Infantil y dulce tributo pagado por el pobre Mateo á la que le había hecho comprender las dulzuras del amor!

Desde aquella fecha terrible, el ibero ya no pensó en otra cosa sino en acrecentar su capital y en cuidar cariñosamente á su hijita, á su pequeña Carmeluca, como él la llamaba, chiquitina traviesa que alegraba con sus risas aquel hogar que había procurado entristecer la Muerte.

Y la vida siguió su imperturbable curso. Un año bueno en negocios se yuxtaponía á otro malo; pero la casa de Mateo iba siempre adelante, siempre adelante. No podía decir el andaluz que la suerte lo abandonara, porque los dos bienes que poseía: su Carmen y su tienda, ganaban al parejo, la una en gracia y hermosura, la otra en marchantes y en pesetas.

Por fin, amaneció un día, día memorable para Carmela y para Mateo, en que la rapazuela ajustó las 16 primaveras y en que se vistió de largo: la larva se convertía en mariposa. Desde entonces, Carmen dejó de ser la picaresca chiquilla que montaba á horcajadas en los caballos de Mateo y se reía en las barbas del hijo del Presidente Municipal y de los sobrinos del Juez de Paz, para trocarse en la modesta señorita que ayudaba á su padre en los negocios cuando se lo permitían sus quehaceres domésticos. Y Mateo tornó á sentirse feliz, feliz hasta donde puede serlo un hombre que ha perdido para siempre el objeto de su primero y único amor. . . .

V

Así las cosas en la casa de don Mateo, estalló la revolución cuyo primer grito se dejó oír el 18 de Noviembre de 1910 en la calle de Sta. Clara, de la ciudad de Puebla.

Las noticias de la incipiente revuelta eran leídas por las primeras personalidades del pueblo, en la tertulia que se formaba todos los días en la tienda del español. Allí se comentaban, una por una, las escaramuzas habidas en la región del norte de la República y, á decir verdad, huéspedes y parroquianos se reían de aquella locura, según